

## LIBROS

Junto al río  
con Delibes

Devoramos el libro (1) de un resuello que llega a horadar la madrugada. Durante el banquete, el lápiz va sembrando de llamadas sus márgenes, las orillas de este río sonoro y palpitante que Miguel Delibes ha hecho nacer golpeando con su caña la roca, para nosotros tan dura, del lenguaje. A estas fiestas nos tiene habituados el académico vallisoletano: se hunde en su soledad provinciana, inicia una cachazuda cuenta-atrás en la que el tiempo tiene perdidos ritmos antiguos y, justo cuando vamos a preguntar "¿qué estará haciendo Delibes?", retumba su Cabo Cañaveral y salta al espacio un nuevo satélite, cuya órbita, perfecta y fulgurante, provocará torticolis exegéticas.

Menéndez y Palayo escribió que el estilista deseoso de pulir su pluma, después de estudiar a fondo la obra de Quevedo, tiene todavía mucho castellano que aprender en Baltasar Gracián. Lo que pasa es que el "ilustre polígrafo montañés" careció de la oportunidad de catar la prosa de nuestro escritor-cacador-pescador, que levanta la palabra oculta en el rastrojo o la iza a pulso en su aparejo del vivo torrente popular.

Uno se consuela ahora de haberse mantenido siempre lejos de toda afición a la pesca. Porque tal lejanía le permite afirmar sin ambages que *Mis amigas las truchas* está muy lejos de ser un libro que tan sólo pueda ser disfrutado por quienes comparten con su autor la afición piscícola. Lo cual tampoco quiere decir que su lectura, al desvelarnos los ingredientes más íntimos de esta pasión, no llegue a inspirar al profano cierta envidia tardía hacia la profunda vida interior que, según se puede ir viendo, subyace en las horas fluviales de todo pescador fetén. Esta vida —diríamos que mística—, recogida en el carrete de un anecdotario en extremo colorista y vivaz, constituye, tal vez, el pri-

(1) *Mis amigas las truchas*. Miguel Delibes. Ediciones Destino. Colección Ancora y Delfín. Volumen 523. Barcelona.

mer don con que el libro nos regala. "El pescador de truchas —dice su prólogo— es un ser generalmente hermético que reserva para sí sus descubrimientos". Por eso es de agradecer el hecho de que ahora se nos entregue este diario, donde, "a lo largo de cinco temporadas yo he ido anotando lo que me sucedía día tras día en la ribera del río sin omisiones, reticencias ni ambigüedades".

Pero, por fortuna para nosotros, el autor ha ido anotando también, justo a lo que "le sucedía", el caudal de reflexiones que poblaron sus horas ribere-



Miguel Delibes.

ñas. En efecto, aunque él no nos lo diga, Delibes ha ido volcando, día a día, en estas páginas, su amor, transido de inquietud, por la Naturaleza, su aguda observación acerca del animal —y, por lo mismo, del hombre—, hasta el punto de que el libro trascienda y llegue a ser de todos.

De ahí que el segundo don de este volumen sea, sin género de duda, su dimensión ecológica. El libro es, entre otras muchas cosas, una silenciosa llamada al equilibrio, puesta por el autor, con humildad inteligente, en boca de la Naturaleza misma: "la sirga, la moheda, la ladera de robles —donde ayer sentí cantar tímidamente el primer grillo del año—, las veredas invisibles del soto..."

Tan sólo citaremos, como botón de muestra, un pasaje cuya belleza estremece al darnos la medida que puede alcanzar la relación pescador-pezuca cuando el deporte se practica dentro del ritual que Delibes nos va descubriendo. Y es el de "la trucha" del Rudrón —río, por lo demás, especialmente querido para el

autor—: "Justo a esa hora se produjo la primera satisfacción: el apresamiento de la trucha acechante de la poza de Valdelesteja, vieja conocida mía. A este ejemplar, sorprendentemente oscuro para el Rudrón, vital e incansable, lo tenía localizado desde que alevín sobre una peña clara, sumergida en un tojo de aguas cristalinas, próximo al balneario, de manera que bien puede decirse que, literalmente, a esta trucha la había visto nacer, lo cual agrega a lo deportivo una faceta sentimental. Creo que ni una sola vez en mis frecuentes paseos por este río dejé de verla, inmóvil sobre la piedra, subiendo de repente a la superficie para engullir un mosquito y retornando, de inmediato, a su observatorio habitual". Y sigue el lance.

De "banquete" hablábamos al iniciar este reseña. Y no parece congruente concluirla sin volver sobre el lenguaje, bandeja áurea que, a su vez, trasciende de la mera función trasmisora, para erigirse en manjar, en alimento, aliñado en viejas fórmulas extraídas de la mejor cocina castellana. ■ BERNARDO DE ARRIZABALAGA.

¿Medios de masas  
o medios  
de públicos?

La vieja idea —vieja en la medida en que puede serlo una teoría referida a la radio y la televisión que presentaba a los "mass media" como totalitarios violadores de masas indefensas y pasivas, y que se impuso a raíz de los primeros estudios norteamericanos de sociología de las comunicaciones, resulta hoy difícilmente sostenible. Como ha perdido también interés la interminable y nunca resuelta discusión en la que se enzarzaron los sociólogos durante los años sesenta —y que aún aflora de cuando en cuando— sobre si las escenas de violencia en la pequeña pantalla tienen poco o mucho que ver con el aumento de la criminalidad en nuestras ciudades. Todos recordaremos los términos en que se planteaba este último debate; ejercen las escenas violentas un efecto catártico sobre el espectador o le incitan, por el contrario, a la delincuencia?

Parece demostrado, en cualquier caso, que ni los medios

son tan todopoderosos como se creyó en un principio, ni sus audiencias, tan homogéneas y fáciles de manipular. Hoy se sabe que para que puedan actuar los medios en un sentido determinado, tiene que existir previamente un caldo de cultivo. Un mismo programa será recibido de distinta forma y producirá efectos diversos según los gustos y tendencias del receptor, que estará a su vez condicionado por las normas y valores de sus grupos de pertenencia o referencia.

Todo estudio de efectos, señala Jean Cazeneuve en *La sociedad de la ubicuidad* (1), que considere al receptor como un ente abstracto y pasivo, conducirá a resultados falsos. No existe un "homo mass mediaticus" ideal, ni los mensajes actúan en una campana de vacío. La realidad es mucho más compleja que todo eso, y cada individuo constituye una especie de encrucijada de pulsiones, intereses, roles, valores, sanciones, que influirán de diversas maneras y en grados distintos en las condiciones de recepción de los mensajes.

De ahí las limitaciones de todo estudio que se centre exclusivamente en los efectos, y la recomendación del sociólogo Cazeneuve sobre la importancia de un análisis de las funciones, que nos descubra a través de qué mecanismos la televisión desmitifica o desacraliza lo real, acercando entre sí a las clases —creando, "Eco dixit", condiciones de interclasismo—, introduciéndonos en culturas y subculturas cuyos símbolos nunca antes habíamos compartido, tornando familiar e íntimo lo que nos era ajeno, pero como al mismo tiempo nos presenta como buena una realidad mediaticizada, interpretada, reconstruida. Con lo de nuevo hace su aparición el mito: en la falsa identificación entre el acontecimiento desnudo y su versión espectacular a cargo de los media.

No son temas ciertamente novedosos. El propio Cazeneuve los aborda en otros libros suyos, por ejemplo, en *El hombre telespectador* (2), publicado en Fran-

(1) Cazeneuve, Jean. *La sociedad de la ubicuidad*. Comunicación y difusión. Colección Comunicación Visual. Barcelona. Gustavo Gili, 1978. Traductor: Ramón Font.

(2) *El hombre telespectador*, editado también por Gustavo Gili, se publicó en Francia en 1974, mientras que *La sociedad de la ubicuidad* data de dos años antes.



cia con posterioridad al que comentamos, pero aquí, sin embargo, se ha traducido antes. Incluso hay algún capítulo, como el que analiza la atracción voyeurista de nuestros contemporáneos por los sucesos insólitos y catastróficos como supervivencia de ciertos sentimientos atávicos, que aparece desarrollado en el otro libro casi al pie de la letra. Como también el dedicado a otra de las funciones básicas de los medios: la de vedetización, que crea nuevas élites e introduce graves distorsiones en el sistema competitivo, el único capaz de racionalizar, desde el punto de vista capitalista, la estratificación.

Las conclusiones de uno y otro libro son parejas; Cazeneuve confía en las tendencias que parece apuntarse en los países más avanzados —y que se verán sin duda favorecidas por el desarrollo tecnológico— a una descentralización de los focos de creación y una diversificación creciente de los públicos, que se alejarán cada vez más de las características de la masa. Aunque advierte oportunamente del peligro que podría derivarse de una proliferación sin finalidad, regida más "por los azares de un mercado dislocado que por un proyecto humanista", al que el autor apela una y otra vez a lo largo de su obra. A Cazeneuve, que no adelanta soluciones políticas, sólo le cabe esperar que esto no ocurra. Es lo que un inglés llamaría "wishful thinking". JOAQUIN RABAGO. ■

## La biografía de Felipe González

Antonio Guerra destaca de los treinta y seis años de la vida de Felipe González, el secretario general del Partido Socialista Obrero Español y correligionario suyo, la honestidad y la transparencia.

Es una biografía, repite Antonio Guerra, de la que se puede decir todo, porque ninguno de los rasgos que la componen desdican la imagen actual del personaje.

Los méritos que Antonio Guerra ve en la vida del abogado sevillano que ha llegado a suponer en España la imagen total de un partido político están también en este libro difícil.

Como casi todos los libros que



Felipe González.

se escriben y se publican sobre seres vivos, el que contiene la biografía de Felipe González no se termina en sí mismo. Es preciso seguirle la pista. En la presentación del volumen, Antonio Guerra afirmó, junto al biografiado, que uno de los propósitos secretos de la obra fue el de desmentir las historias, algunas de ellas muy bien contadas, que han hecho de Felipe González un mito que no existe en la realidad.

Felipe González no es el pariente cercano de un terrateniente de Jerez de la Frontera, ni posee un Mercedes fabuloso ganado gracias al oro alemán, ni posee fincas sin cuento en la Andalucía de la que procede.

Lo dijo Felipe González y lo repitió Antonio Guerra aprovechando que los salones del Meliá Castilla, donde se presentó el libro, se hallaban repletos: el líder del PSOE es una persona normal, cuya vida es corriente —más de treinta y cuatro años de existencia ininterrumpida en Sevilla, vida familiar muy ordenada, escasas ambiciones personales, egoísmo inexistente— y cuyas aventuras no se pueden contar porque no se hallan.

Antonio Guerra advierte, de todos modos, un peligro para la personalidad de Felipe González. El madrileñismo político asfixiante, como dice el biógrafo, así como la mecánica natural del partido al que sirven, avejentan al líder y le obligan a perder la frescura que tuvo y conservó en Puebla del Río, cuando era un abogado sevillano cuya obsesión eran los espa-

cios abiertos de su tierra y cuyo hobby principal era sin duda el cultivo de la amistad. Son sus amigos de ahora quienes le hallan retraído y difícil, como si la apisonadora de la vida política estuviera tratando de arrebatarle por completo su antigua frescura.

Pero no debe haberla perdido del todo, cuando le da motivo a Antonio Guerra para escribir una biografía en la que no falta el buen humor y una ironía que forma parte de la propia escritura de Felipe González, quien epiloga largamente el libro con una serie de reflexiones distendidas sobre la realidad sociopolítica española. Más que el líder escribe en este caso el mismo hombre que le enviaba cartas de amor y teoría política a la novia que tenía en Sevilla cuando él residía en Lovaina.

El libro está escrito con buen humor y con una amplia utilización de datos. Antonio Guerra, director de El Socialista y periodista que padeció el purgatorio de la censura franquista, ha recurrido profusamente a los datos para evitar que este libro, que ha sido editado por una empresa independiente del PSOE (Edicions Galbá, de Barcelona), apareciera partidista o dictado por alguna resolución de la ejecutiva. La ejecutiva, dice Guerra, nunca se metió con el libro. El se halla satisfecho de haber hecho una investigación honesta y transparente de una vida que es, en efecto, transparente y honesta. Logró darnos esa impresión. En un mundo en el que la aproximación a los textos políticos se hace con cierto cinismo, la actitud con que se lee esta biografía de Felipe González resulta una verdadera excepción. ■ S. C.

## Medicina y sociedad

Lo que hoy nos parece evidente ha sido durante largo tiempo negado: la necesidad de que la Medicina, y en particular la organización asistencial, no sea coto cerrado de los médicos, y de que el enfermo no sea considerado independientemente de su entorno, esto es, de su familia, su profesión y la sociedad en la que vive. La Medicina es algo demasiado serio para dejarlo sólo en manos de los médicos, y así somos muchos los médicos que vemos con auténtico agrado la entrada de

## Los jóvenes y la lectura

Un 71 por 100 de los jóvenes españoles (comprendidos entre los quince y los veinte años) leen libros, según una encuesta realizada por DATA para la Dirección General de la Juventud y dirigida por el profesor Linz.

La encuesta, publicada en febrero pasado, se hizo sobre una muestra nacional de 3.252 casos.

Este 71 por 100 de lectores (que respondió "sí" a la pregunta "¿Te queda tiempo para leer libros?") leen una media mensual de 2,41 libros. En cuanto al tipo de lectura preferida, queda reflejado en el siguiente cuadro:

	%
Literatura (clásica, moderna, etcétera)	38
Libros reportaje de actualidad	31
Novelas (Deste, policíacas, etcétera)	26
Libros políticos	23
Libros científico-técnicos	22
Poesía	22
Biografías e Historia	19
Naturaleza, animales	9
Fotonovelas	6
Otros	4

otras disciplinas en el campo, sagrado hasta hace poco, de la asistencia al enfermo.

Dos son las disciplinas que tienen en particular méritos propios y manifiestos para esa "intrusión": la Sociología y la Economía. En este contexto recibimos con enorme interés la reciente publicación de la obra de Isidoro Alonso Hinojal (1), en la que formula consideraciones empíricas y analiza las relaciones sociales de un grupo de enfermos estudiados en una consulta hospitalaria de Madrid. Es de elogiar ante todo la actitud de los médicos que han facilitado la labor del sociólogo que es Alonso Hinojal, ejemplificando así la nueva posición de los médicos frente a otros profesionales.

Dice con razón el autor del libro que comentamos, que "la Medicina moderna oculta a los enfermos y a la sociedad las causas profundas de las enfermedades, que son sociales, económicas y culturales". Creo, sin embargo, que la Medicina, y los médicos, sus ejércitos, no han cometido en este sentido un error premeditado, sino que se han dejado entrapar por la

(1) Isidoro Alonso Hinojal, Sociología de la Medicina, Editorial Tecnos, 1977.